

# Emiliano Zapata, un soñador con bigotes

Guillermo Samperio

Investigación de Juan Carlos Quezadas

Ilustraciones de Rita Basulto



loqueleg



*Quizás, con Sandino, Emiliano Zapata ha sido el revolucionario, el libertador, más desinteresado, honesto y valiente, pero ambos cayeron en manos de la traición, a pesar de que ambos no quisieron sentarse en la silla del poder.*

*Martín Luis Guzmán*



## Emiliano I

Cuando Emiliano Zapata tenía 11 años y era nada más un niño, no un héroe que sale en los libros y en los billetes, tampoco tenía respiro.

Y digo tampoco porque desde antes de que empezara la Revolución no paraba. Se me hace que ni siquiera dormía, entre levantar en armas a la gente, proclamar planes de Ayala, fusilar federales, pelearse con los presidentes de la república, recortarse el tupido bigote, consolar a los pobres y, finalmente, caer en emboscadas, no creo que le haya dado tiempo de tomar ni una siesta de vez en cuando.

Y aún ahora, que si Emiliano por aquí, que si su retrato por allá, que si “Tierra y libertad” por un lado y el zapatismo por el otro, todavía no conoce el sosiego.

Ser héroe de tiempo completo debe de ser muy complicado, ¡tantísimas dificultades! A lo mejor por eso es que mueren tan jóvenes. Fíjense nada más, a don Emiliano no le dio tiempo de celebrar su cumpleaños número cuarenta cuando ya había fallecido, pero le habían suce-

dido muchas más cosas que a mi abuelo, quien tiene 72 y ya se le acabaron las historias que contar cuando no quiero dormirme.

Pero bueno, vayamos entrando en materia:

Lo que quería empezar a platicarles es medio complicado de entender, porque los tiempos cambian y en eso hay que darles la razón a los grandes. Los niños de hoy no tenemos tantas responsabilidades como las que tuvieron nuestros padres y abuelos. Perfectamente nos da tiempo de platicar, pensar en cómo hacer para que el niño más guapo del salón nos saque a bailar en la fiesta del viernes (que ya pudimos planear, por cierto), hablar por teléfono, hacer la tarea cuando no hay nada mejor en que ocuparnos y tantísimas cosas más.

Pero antes, cuando Emiliano era niño, la vida era diferente.

Casi todo tenía que hacerse a mano: nada de abrir la llave y que salga un chorro, había que traerla del río o del ojo de agua; ni imaginarse siquiera oprimir un botoncito y que se prendiera la lámpara; había que conseguir petróleo para el quinqué o cerillos para las velas. ¿Gas? No había, fogón para la comida y encomendarse al dios anticatarro al bañarse. En fin, que había tanto por hacer que los adultos no se daban abasto. Así que los niños tenían muchas obligaciones que cumplir, empezando por mantenerse vivos, lo que, entre la mala alimentación y la falta de medicinas y médicos, no era cosa sencilla.



El padre de Emiliano se llamó Gabriel; la madre, Cleofas, y también tuvieron su historia, pero ésa no se las cuento, sólo les digo que se conocieron, se enamoraron, se casaron, tuvieron hijos y una mañana de agosto, allá en el año de 1879, abrió los ojos por primera vez el pequeño Emiliano.

—¿Ya viste el lunar que tiene encimita del párpado?  
—preguntó la amorosa y todavía adolorida doña Cleofas.

—¡Cómo no voy a verlo, mujer! Si se le mira casi tan bonito como a ti —contestó el orgullosísimo Gabriel Zapata, quien se sentía como pavorreal porque su hijo le hubiera salido tan guapo.

Y no es que de verdad fuera tan agraciado, sino que ya se sabe que los padres en cuanto ven a sus retoños se llenan de orgullo.

Los Zapata vivían en un pueblo del estado de Morelos llamado Anenecuilco y que tiene un río en medio, para más señas. Así que ya tenemos el escenario de la historia que voy a contarles y que allí comienza.

En Anenecuilco existía una hacienda que tenía por nombre “del Hospital”, cuyas tierras ocupaban la mitad del pueblo, gracias a que se las habían “comprado” a sus verdaderos dueños (aunque en realidad se las habían quitado) y era la única fuente de empleo confiable.

La otra mitad del pueblo era ocupada por las casas de los anenecuilenses que, o bien trabajaban en la hacienda (en sus propias tierras que ya no eran suyas) a cambio de



Rio  
Arenequillo

Hospital

Arenequillo

un pago que no alcanzaba para nada, o corrían el riesgo de morirse de hambre tratando de sacarle algún retoño a la tierra estéril que tenían en propiedad.

Como ocurre en muchas historias, el río era una figura importantísima porque partía en dos el pueblo, dividiendo las tierras fértiles de las secas. El río también tenía por nombre Anenecuilco.

Muchos anenecuilenses trabajaban en la hacienda, pero don Gabriel decidió que ya había sido suficiente de que les quitaran sus propiedades, por lo que no iba a pasar por la vergüenza de trabajar para otros en los mismos campos que alguna vez habían sido de los que ahora los trabajaban como ajenos.

Gabriel Zapata optó por trabajar por su cuenta, criando animales y labrando el muy poco terreno que pudo rescatar.

“Para ganarse el pan, antes hay que sudarlo en el surco y en el cerro”, decía don Gabriel todas las mañanas con su vozarrón, y allá tenían que ir los miembros de la familia Zapata a sembrar maíz o pastorear animales antes de poder pasar a la mesa.

El carácter de Emiliano era una mezcla del orgullo de Gabriel, la fortaleza de Cleofas y el hambre que sintieron él, sus hermanos y sus conocidos en muchas malas épocas.

En el patio de mi casa había una higuera. Cuando era muy niña me encantaba treparme al árbol a cortar los frutos maduros.

Tanto me gustaban que no me importaba quemarme las manos, los brazos y las piernas con esa sustancia lechosa que les sale al cortarlos y que pica como si un regimiento de moscos te hubiera atacado, sobre todo si te rascas. Pero tanto me divertía encaramarme en una rama a comer y comer que un día me empaché (no sé bien cómo explicar este verbo, la cuestión es que vomitaba y vomitaba y sólo me curé cuando una señora me sobó la espalda y me alivió el empacho).

Todo lo anterior viene a cuento porque Emiliano como que se “empachó” de ver cómo toda la gente que lo rodeaba se pasaba un día tras otro trabajando y trabajando, con las manos callosas y la piel tostada por el sol, para no conseguir más que la comida del día, si bien les iba.

Yo pienso que por eso le nació ese lema de que “La tierra es de quien la trabaja”. Emiliano no pedía demasiado, tierra de donde sacar la comida y libertad para hacer con su vida lo que él quisiera y no lo que dijera el patrón.

### *Pequeña explicación*

Antes de continuar, es necesario explicar lo que es un oráculo.

El oráculo era una práctica que las personas de tiempos remotos realizaban; creían que se trataba de la voz de sus dioses que les aconsejaban. Podía tratarse de una piedra, un edificio, una estatua o una persona. El caso es

que muchísima gente, reyes y poderosos incluidos, ordenaban su vida de acuerdo con lo que el oráculo decía que iba a suceder.

Jugando al oráculo nos vamos a 1909, cuando Emiliano se convirtió en el más joven de todos los viejos.